

Mito y autoridad

Pável Ernesto Zavala Medina

Universidad Autónoma de Aguascalientes

pavelernesto18@gmail.com

El objetivo del presente ensayo es mostrar cómo la autoridad se funda en la violencia petrificada, violencia que se repite una y otra vez y que se manifiesta a través del derecho, de manera tal que la autoridad despótica reproduce y refleja la violencia de las criaturas mitológicas. La estructura del argumento es el siguiente: 1) el derecho es violencia petrificada; 2) la violencia tiene su fundamento en el principio de inmanencia, es parte de la naturaleza; 3) el derecho justifica y legitima las instituciones públicas y otorga a la autoridad el poder para ejercer violencia. Para ello hay que retomar los tres elementos del mito: la pretensión de nombrar y narrar, el papel del sujeto abstracto, el principio de inmanencia o repetición ineluctable.

El mito y sus elementos

Para Horkheimer, la relación mito-razón es mucho más sutil que simplemente la de oposición: la relación es dialéctica, es decir, de contradicción y de identidad al mismo tiempo. Existe una oposición entre mito y razón cuando se considera el obje-

tivo de la Ilustración: «Pretendía disolver los mitos y derrocar la imaginación mediante la ciencia» (Horkheimer y Adorno, 2006: 59). Sin embargo, los mitos mismos son expresión de la razón ilustrada: «El mito quería narrar, nombrar, contar el origen: y con ello, por tanto, representar, fijar, explicar» (Horkheimer y Adorno, 2006: 63). Éste es el primer elemento del mito: la narración, el relato del origen, y con ello una racionalidad velada, por así llamarla, que tendrá sus consecuencias en el posterior desarrollo de la razón y la cultura ilustradas.

Pueden distinguirse entre dos tipos de mitos dependiendo de su grado de abstracción: 1) los mitos transmitidos de manera oral, en los que las fuerzas de la naturaleza corresponden directamente con el ser que las representa; 2) los mitos escritos, en los que las fuerzas naturales son controladas por un dios, ya no hay entre ellos una correspondencia directa, sino una mediada. Tal es la oposición entre la mitología ctónica y la mitología olímpica. Las divinidades más primitivas (titanes) se relacionan con cultos a la tierra y se encuentran ligados a las fuerzas de la naturaleza de manera más directa que los dioses olímpicos, quienes resultan ser más abstractos que los primeros, más alejados del mundo y de la naturaleza. Se encuentran ya en el camino de la racionalización, el formalismo y la abstracción propias de la Ilustración. En las narraciones mitológicas, los titanes son derrotados por los dioses olímpicos: la naturaleza queda sometida a la razón.

La jerarquía del Olimpo es un reflejo de las jerarquías sociales y políticas que imperaban en la *polis* griega. De esta forma se desvela la base que la Ilustración ha identificado en el mito: el antropomorfismo. Cada una de las figuras míticas, dioses y demonios, pueden reducirse a un común denominador: el «sujeto» (Horkheimer y Adorno, 2006; 67). Los mitos reflejan el recorrido de conformación del sujeto, desde

la inconciencia hasta la civilización patriarcal e ilustrada. El principio del mito radica en el principio de la inmanencia, el mismo que se encuentra detrás de la ciencia moderna: «El principio de la inmanencia, que declara todo acontecer como repetición, y que la Ilustración sostiene frente a la imaginación mítica, es el principio del mito mismo» (Horkheimer y Adorno, 2006: 67). La versión mítica del principio de inmanencia se encuentra en el «hechizo mítico», según el cual todo nacimiento se paga con la muerte, a toda acción corresponde una reacción: el hechizo que atrapa al héroe trágico y lo condena desde el comienzo de su historia, el hado inexorable a cuyo cumplimiento se acerca con cada una de sus acciones. Este principio de repetición interminable de los sucesos naturales tiene su encarnación en las criaturas mitológicas a las cuales se enfrenta Odiseo: el cíclope Polifemo, la hechicera Circe, las sirenas, son manifestaciones de las fuerzas indómitas de la naturaleza, que se petrifican en derechos ineluctables.

Los monstruos míticos en cuya esfera de poder cae [Odiseo] representan siempre, por así decirlo, contratos petrificados, derechos de los tiempos prehistóricos. [...] La ineluctabilidad mítica es definida por la equivalencia entre esa maldición, el delito que la expía y la culpa que de éste surge y que reproduce la maldición. Todo derecho en la historia precedente lleva la huella de este esquema. En el mito, cada momento del ciclo satisface al que lo precede y ayuda de ese modo a instaurar como ley el nexo de la culpa (Horkheimer y Adorno, 2006: 109-110).

Los tres elementos del mito: la repetición ineluctable, el principio de la inmanencia; el antropomorfismo, y la pretensión de fijar el origen del mundo; el segundo corresponde a la concepción negativa que tiene la Ilustración del mito: el hombre ha estado proyectándose a sí mismo en la naturaleza, transfiriendo sus cualidades y necesidades a aquélla. El principio de inmanencia y la intención de nombrar y representar son elementos que la razón ilustrada se negaría a reconocer en el mito, pues estas cualidades o funciones se las reconoce únicamente a la ciencia y a la matemática, en última instancia, cualidades que se adjudica a ella misma, y que no podría conceder a aquello que ha postulado como su contrario.

Elementos de la religión

El punto de partida de la relación entre mito y religión es el carácter narrativo del propio mito, así como por su mutua función administrativa: éste pretendía cantar y nombrar el origen, y como consecuencia lógica de ello, representaba y explicaba ese origen, con lo que adquiere un carácter doctrinario: «Esta tendencia se vio reforzada con el registro y la recopilación de los mitos. Pronto se convirtieron de narración en doctrina» (Horkheimer y Adorno, 2006: 63). Es decir, la religión es el «mito institucionalizado» (Horkheimer, 2002): la narración se convierte en fuente de verdad, en dogma que no puede ser puesto en duda, y en práctica que no puede ser soslayada o negada. Si bien es cierto que el sacerdote reniega y censura al mago, este último lleva ya en sí mismo el germen del sacerdote, tal y como la magia lleva el germen de las prácticas religiosas y de la ciencia. No importa qué tan abstractas o complejas puedan parecer las religiones, en ellas

sigue pesando el carácter del mito y la magia: «Pero cuanto más desaparece la ilusión mágica, tanto más inexorablemente retiene el hombre la repetición, bajo el título de legalidad [...]» ((Horkheimer y Adorno, 2006: 63).

La figura autoritaria

En los escritos sobre *Autoridad y familia*, Horkheimer, además de profundizar el análisis de la función de la religión como ideología que encubre y justifica el mal padecido por las clases obreras y marginadas, da pie al surgimiento de la figura que recibe los privilegios de la injusticia social y que la perpetúa: la autoridad. Es ésta una categoría presente en todas las etapas históricas por las que han atravesado las formas sociales:

En todas las formas de la sociedad, que se han desarrollado a partir de las comunidades primitivas indiferenciadas de la prehistoria, dominan sobre el resto de la población o bien unas pocas personas, como en el caso de las situaciones relativamente tempranas y simples, o bien determinados grupos de hombres, como en las formas sociales más desarrolladas, es decir, todas esas formas se encuentran caracterizadas por la prelación o subordinación de clases (Horkheimer, 2001: 175).

En el sacerdote y el mago se encuentran elementos propios de la autoridad. La figura autoritaria nace de la racionalización e interiorización, la conciencia, de la coacción recibida por unos y ejercida por otros: autoritarios son aquellos modos de acción internos y externos en los que los hombres se someten a una instancia externa. La coacción es el principio

de la naturaleza social, el principio que permite hacer de los hombres seres sociables:

La denominada naturaleza social, el adaptarse a un orden dado –ya se fundamente de modo pragmático, moral o religioso–, se remonta esencialmente al recuerdo de actos de coacción, a través de los cuales los hombres han sido hechos «sociables», ha sido civilizados, y que amenazan aún hoy en día en caso de que pudieran tornarse olvidadizos (Horkheimer, 2001: 161).

La fuerza es la fuente de la autoridad y el derecho. Ésta no sólo ejerce presión sobre los individuos coaccionados, sino que, además, ellos han aprendido a dar su asentimiento. Tal asentimiento es el producto de un sutil proceso de aleccionamiento ejecutado por instituciones sociales tales como la religión, la escuela y la familia. Es en el seno de la familia donde el hombre se encuentra en contacto con la primera figura autoritaria: el padre, que, por tener la fuerza de hecho, la tiene también como derecho. «Porque el padre *de facto* es más poderoso, por eso lo es también *de iure*; el niño no sólo debe tener en cuenta esta superioridad, sino respetarla en tanto que la tiene en cuenta» (Horkheimer, 2001: 209). De la fuerza fáctica de quien se asume como autoridad, se deducen sus cualidades morales, que quedan como fundamento último de su condición de autoridad.

Las criaturas míticas y la autoridad

Así como con el padre de familia, la fuerza, de hecho, se convierte en una capacidad jurídica: las criaturas mitológicas obtienen sus derechos, y sus maldiciones de la fuerza que

han ejercido un sinnúmero de veces y que se ha petrificado en un derecho del cual nadie escapa.

Escila y Caribdis tienen el derecho de a lo que cae entre sus garras, lo mismo que Circe tiene derecho a transformar al que no está inmunizado y Polifemo a devorar a sus huéspedes. Cada una de las figuras míticas debe hacer siempre lo mismo. Cada una consiste en repetición: el fracaso de ésta significaría su fin. [...] Pues el derecho de las figuras míticas, en cuanto derecho del más fuerte, vive sólo de la irrealizabilidad de sus preceptos. Si estos se cumplen, entonces los mitos se desvanecen hasta la más lejana posteridad (Horkheimer y Adorno, 2006: 110-111).

Con cada nueva víctima con la que ratifican su fuerza y su derecho, confirman el hado que pesa sobre ellos: dan fuerza al hechizo mítico, al principio de la repetición ineluctable de los fenómenos naturales: «En la pregnancia de la imagen mítica, como en la claridad de la fórmula científica, se halla confirmada la eternidad de lo existente, y el hecho bruto es proclamado como el sentido que él mismo oculta» (Horkheimer y Adorno, 2006: 80). La negación de sus derechos equivaldría a romper con el ciclo de la naturaleza, a invalidar el principio del principio de inmanencia, en cierta forma, a huir de la naturaleza. Sólo habrá un hombre que pueda realizar semejante proeza: Odiseo, el sujeto que desencanta las islas a donde el furioso dios del mar lo arroja. Las criaturas míticas representan la fórmula más antigua de la autoridad que se otorga derechos partiendo de su fuerza: su presencia irá preparando el terreno al asentimiento que las futuras generaciones de hombres tendrán que conferir a la autoridad.

El mago como figura autoritaria

El mago y el sacerdote, a diferencia de las criaturas míticas, no pueden erigirse como autoridades con base en su fuerza física, al menos no de manera directa, sino mediante el contacto con lo sagrado: «La esencia sagrada se transfiere a los magos que se relacionan con ella» (Horkheimer y Adorno, 2006: 75). Los monstruos repetían una misma acción merced a su fuerza física; los magos y sacerdotes demostrarán su fuerza a partir de la repetición de un mismo acto, el sacrificio, en una lógica inversa a la de las criaturas míticas: parten del efecto en vez de partir de la causa. De esta manera fundamentan su autoridad y su derecho a escoger y a sacrificar a la víctima, haciendo patente su dominio sobre la comunidad, especialmente sobre aquellos que pongan en duda su autoridad y su condición de superioridad:

Quien vulnera los símbolos cae, en nombre de los poderes sobrenaturales, en manos de los poderes terrenales, cuyos representantes son esos órganos competentes de la sociedad. [...] El *mana* heterogéneo y fluido es consolidado y violentamente materializado por los hombres. Pronto los magos pueblan cada lugar con emanaciones y ordenan la multiplicidad de los ritos sagrados a la de los ámbitos sagrados (Horkheimer y Adorno, 2006: 74-75).

Esta conducta autoritaria, en la que sus acciones someten a la comunidad a su guía y obediencia, su pretensión de ser depositarios de la verdad y de la esencia divina, será la que les traerá críticas y rechazo por parte de los pensadores de la Ilustración.

Bibliografía

- Horkheimer, M. y Adorno, Th. (2006). *Dialéctica de la Ilustración*. España: Editorial Trotta.
- Horkheimer, M. (2002). *Crítica de la razón instrumental*. España: Editorial Trotta.
- Horkheimer, M. (2001). *Autoridad y familia y otros escritos*. España: Ediciones Paidós Ibérica.

Resumen

Los mitos mismos son expresión de la razón ilustrada, en ellos encontramos el principio de inmanencia, aunque se les ha intentado negar; por otra parte, en las narraciones mitológicas, los titanes son derrotados por los dioses Olímpicos: la naturaleza queda sometida a la razón. Así, la figura autoritaria nace de la racionalización e interiorización, la fuerza es la fuente de la autoridad y el derecho. Ésta no sólo ejerce presión sobre los individuos coaccionados, sino que además ellos han aprendido a dar su asentimiento. Esto se refleja en las criaturas mitológicas que obtienen sus derechos, y sus maldiciones, de la fuerza que han ejercido un sinnúmero de veces y que se ha petrificado en un derecho del cual nadie escapa. Por lo tanto, la autoridad se funda en la violencia que se repite una y otra vez y que se manifiesta a través del derecho, como en el caso de las criaturas mitológicas.

Palabras clave: mitos, razón ilustrada, Adorno y Horkheimer.

Abstract

Myths themselves are an expression of enlightened reason, in them we found the principle of immanence, although there have been attempts to denied it; on the other hand, in the mythological narratives, the titans are defeated by the Olympian gods: nature is subject to reason. So, the authoritative figure is born of rationalization and internalization, force is the source of authority and right. This not only puts pressure on coerced individuals, but also, they have learned to give their assent. This is reflected in the mythological creatures that obtain their rights, and their curses, from the force they

have exerted countless times and that has been petrified in a right from which no one escapes. Therefore, authority is based on violence that is repeated, again and again, and that manifests itself through law, as in the case of mythological creatures.

Key words: Myths, Enlightened Reason, Adorno and Horkheimer.

